

7.







CARTA PASTORAL

QUE

ACERCA DEL ESTADO ACTUAL DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO, Y SUS REMEDIOS

DIRIJE A SUS DIOCESANOS

EL EXCMO. E ILLMO. SR. OBISPO DE AVILA.



AVILA:

IMPRESA, LIBRERIA Y ENCUADERNACION

DE ADDON SANTIUSTE, PISCADERIA, 10,

1870.

CARTA PASTORAL

AL ESTADO ACTUAL DE LA IGLESIA

Y DEL MUNDO, Y SUS RELACIONES

CON EL MUNDO

DE LA IGLESIA EN EL MUNDO EN GENERAL



AVILA

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA DE LA IGLESIA

DE AVILA EN EL AÑO DE 1874

1874

NOS DR. D. FR. FERNANDO BLANCO Y LORENZO,

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Avila.

AL VENERABLE DEAN Y CAEILDO DE NUESTRA SANTA APOSTÓLICA IGLESIA CATEDRAL, Á LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS Y ECÓNOMOS, Y Á LOS DEMÁS SACERDOTES Y FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS.

SALUD Y CONFIANZA EN NUESTRO SR. JESUCRISTO.

Nolite amittere confidentiam vestram. Heb. 50
v. 35.

EMPIEZO á escribiros esta carta pastoral, Venerables Hermanos y amados hijos, en un dia para muchos de vosotros memorable, y para mí de inefable consolacion. En medio de los raudales de amargura que inundan en estos dias de prueba todo corazon creyen-

te y temeroso de Dios, algun alivio, algun consuelo habiamos de tener los que conservamos y queremos conservar á todo trance la dicha y la gloria de ser y llamarnos hijos de la cruz, miembros de la Iglesia católica, y herederos de las eternas promesas.

En este dia consagrado en nuestra España á la fiesta del Patrocinio de la Santísima Virgen María, inmaculada madre de nuestro Dios, he tenido el placer dulcísimo de veros ađuir en extraordinaria muchedumbre á recibir de mi mano el *pan de los fuertes* despues de haberos reconciliado con Dios mediante el santo sacramento de la penitencia. Disteis con este espectáculo verdaderamente conmovedor un dia de alegria al cielo, un dulce consuelo á la Iglesia atribulada, una prueba de amor y filial sumision á vuestro pastor y padre que á ese celestial banquete os habia invitado desde la cátedra santa en el Domingo anterior al terminar el trídúo de rogativas por las necesidades presentes de la Iglesia y del Papa, una demostracion práctica del santo desden con que recibis los seductores silvidos de otros *pastores* sin mision y sin autoridad; un dia en fin de gozo á los ángeles buenos y de confusion á los ángeles malos. Que la santa perseverancia en el bien durante la vida del tiempo, y la corona incorruptible en la eternidad sean el premio

de vuestra docilidad y del santo gozo que habeis ofrecido á mi apesadumbrado corazon.

Un deseo ardentísimo me que la que satisfacer, y es que el ejemplo de esta tan noble como piadosa ciudad sea seguido en toda la Diócesis; para lo cual se presenta una, mui oportuna ocasion ya en el santo tiempo de Adviento que se aproxima, ya, mui señaladamente, en la solemnidad, que no está lejos, de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen patrona de nuestra España.

Recomiendo este importantísimo asunto á la actividad y reconocido zelo de mis cooperadores en el ministerio de la salvacion de las almas. Si; vosotros, amados hermanos, que teneis conocimiento de lo que valen las almas rescatadas con el precio de la sangre de Jesucristo Dios y hombre; vosotros que veis las seducciones y peligros á que hoy se hallan expuestas; vosotros que veis el mundo azotado por la mano justiciera del Omnipotente, y la Iglesia bañada en lágrimas por la suerte de sus hijos; vosotros en estos dias de turbacion en que el enemigo comun de esas almas que Dios se ha dignado confiaros pone en juego todas sus infernales astucias para arrancarlas de los brazos de Dios, y aun del maternal regazo de la Iglesia en que hasta ahora recibian el nectar de la vida, debeis redoblar

vuestros esfuerzos y luchar sin tregua ni reposo por preservar del pecado á esas almas y desviar de ellas *los dardos de fuego del maligno*. Así y solo así podremos servir de paño de lágrimas á la Iglesia en su aflicción profunda, y derramar algunas gotas de consuelo en el desolado corazón del martir del Vaticano.

No hay remedio, acabemos de conocerlo todos; no ha y otro recurso de bastante eficacia para curar los males del mundo y aplacar la ira del Señor encendida por las prevaricaciones humanas, que llamar á los hombres á penitencia, que hacer penitencia, y clamar al Padre de las misericordias y Dios de toda consolación que mire con ojos de piedad á un mundo ingrato que se ha empeñado en apartarse de las sendas de la luz que el mismo Dios en su inefable bondad y mas que paternal condescendencia le habia trazado para salvarle.

Ocúpense en buen hora los sabios del mundo, los grandes génius de la diplomacia, los perspicaces políticos, si los hay, los gigantes de la llamada ciencia social, los conquistadores de la materia, los que se creen depositarios de la *ciencia del bien y del mal* de las naciones, ocúpense en descubrir antidotos para curar los males que á estas afligen. No los molestaré, no los

interrumpiré. Pero permitan á un Obispo que no ódia al siglo en que nació, ni mira con malos ojos sus legítimos adelantos, que viene desde su juventud estudiando á su modo las condiciones de la época en que le ha tocado vivir, y que se halla ya hoy en los preludios de la ancianidad, permítasele repetir una y mil veces el grito que hace ya bastantes años viene lanzando sobre una sociedad grave y profundamente enferma: «penitencia, penitencia!»

Es muy antiguo este grito, es verdad, como es antiguo el pecado que lo ha hecho necesario: y esta sociedad nueva en que vivimos es tan delicada, es tan sensible, tan *nerviosa*.... es tan locamente presuntuosa, sensual y soberbia, que, siendo en gran manera pecadora, no quiere oírlo. Ese es su peor mal: está enferma; está herida en las entrañas; está amenazada de disolución espantosa, si rehusa el remedio; y sin embargo lo rehusa. Yo gritaré no obstante; yo trabajaré clamando, según la frase del profeta; «penitencia penitencia!» La sociedad actual tan bella y tan robusta al parecer de algunos marcha á la perdición si no hace penitencia.

Algunos han oído la voz de Dios; algunos la oirán. Ojala sean en suficiente número para aplacar al Señor y detener la *espada vengadora de su alianza*. (1) Siem-

(1) Lev. 26.

pre quedará ¡ay! una Babilonia infiel de quien haya que decir: *curavimus Babilonem et non est sanata*. (1) Ella en su desesperacion dará un dia testimonio de que se le ha ofrecido en vano el don del cielo.

Acaso estais diciendo en vuestro corazon: grandemente nos hemos engañado creiamos que nuestro Prelado nos iba á consolar y animar en las presentes angustiosas circunstancias, y eso parecian revelar las primeras palabras de su carta, y he aqui que viene hecho un lúgubre misionero y como si intentára aterrarnos con la idea de un Dios en gran manera enojado por nuestras culpas.

Ah sí! cierto que intento causaros un saludable terror ante los formidables juicios de Dios: pero es porque yo me hallo poseido de ese santo terror: *Territus terreo*. Plugiese á Dios que yo lograse contristaros, que lograse estremeceros y aterraros, siempre que esto fuese para moveros á penitencia. «Me alegro, diria yo con el Apóstol, me alegro no porque habeis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para penitencia.» (2) Y si alguno me quisiese hacer cargo de que con tal proceder se ocasionan otros males, podria responder con S. Ambrosio en ocasion

(1) Jerem. 51.

(2) 2. Corinth. 7.

parecida: *untinam tanti criminis probaretur effectus*. Decis que os hablo en tono de misionero. Sí: misionero soy de Dios, y embajador de Jesucristo *pro Christo legatione fungimur*, (1) y en su nombre os hablo. De Dios he recibido la mision para hablaros, y ¡ay de mi si no os hablase!: *væ enim mihi est si non evangelizavero*. (2) Ay de mi si intentase sosteneros en una falsa paz cuando mas necesario es excitaros á la guerra contra el pecado por medio de la penitencia!

Y esto no es para causaros abatimiento y haceros perder la confianza que en otras ocasiones he procurado inspiraros: *non ut confundam vos hæc scribo*, (3) sino que es para avisaros como á hijos míos muy queridos, para que esa confianza no sea temeraria sino prudente y santa y establecida sobre firme base: *ut filios meos charissimos moneo*.

¡Quereis salvar la sociedad aquejada de profundos males y amenazada de calamidades horribles? ¡Quereis desarmar el brazo del Omnipotente airado contra los pecadores y amenazando, como en los dias de Noe, descargar sobre el mundo gruesos torrentes de indignacion? ¡Quereis salvar vuestras almas, y preservarlas de

(1) 2. Corint. 5.

(2) 1. Corinth. 9.

(3) 1. Corinth. 4.

la ira verdadera? Pues haced penitencia, y hacedla pronto, no sea que pasen para vosotros los días de misericordia y os sorprenda la tormenta de los castigos divinos.

Tened confianza sí, no queráis jamás perderla: *nolite amittere confidentiam vestram*. Mas para conservarla razonable y fundada, reconciliaos con Dios; haced penitencia: y haciéndola, confiad en que la misericordia triunfará sobre el juicio, (1) y las nubes de furor se disiparán al soplo de la divina clemencia, y el sol de la verdad y de la justicia aparecerá mas resplandeciente sobre el mundo, y humillada la soberbia de los que ahora le perturban, estos mismos vendrán á los caminos de la paz, por que escrito está: *cum placuerint Domino viae hominis inimicos quoque ejus convertet ad pacem*. (2) «Cuando agradaren al Señor los caminos del hombre aun á sus enemigos volverá á la paz.»

Vuestro error práctico está, amados diocesanos,—permitidme que os lo diga con paternal franqueza—en imaginaros tal vez que en el negocio de aliviar los males del mundo, y quizá tambien en el de la salvacion de vuestras almas, todo lo ha de hacer Dios sin

(1) Ep. Jac.

(2) Prov. 16 v. 7.

cooperacion alguna por vuestra parte: y Dios, por el contrario, respetando el libre alvedrio que nos ha dado, quiere que nosotros, apesar de nuestra conocida miseria, intervengamos, excitados y auxiliados por su gracia, en la realizacion de esos grandes negocios.

El no solo desea nuestra salvacion, sino tambien que su reino,—el reino de la verdad y del bien—se estienda por toda la tierra; que su evangelio, y su Iglesia, que lo custodia y predica, ejerzan su dulce y pacificadora influencia en todas partes; que todos los hombres se miren como hermanos, hijos de un mismo padre que está en los cielos; que para el cielo vivamos, puesto que somos herederos del reino y á reinar eternamente estamos llamados; que no miremos este mundo como nuestra ciudad permanente, como término de nuestro destino, sino como lugar de tránsito, y sus llamados bienes como sombras que pasan y al pasar se desvanecen: esto quiere Dios y lo demás que sabeis. Dios tiene derecho á exigir todo eso de nosotros por que es nuestro criador, nuestro conservador y dueño de todo nuestro ser; y por que para eso nos redimió con su sangre hecho hombre, y nos llamó á su Iglesia y nos iluminó con su fé sacrosanta, y nos alentó con sus promesas y nos auxilia con su gracia, y nos alimenta con su cuerpo y sangre. El puede decir, que-

jándose del pueblo cristiano con tanto mas motivo que del pueblo judío cuanto mas sin medida ha hecho descender sobre aquel la efusion de sus gracias: (1) *quid est quod ultra debui facere vineæ meæ, et non feci?* como si dijese: ¿Qué más he debido hacer yó=con ser omnipotente=qué más he debido yo hacer para formar un pueblo acepto á mis ojos, seguidor de buenas obras? ¿Qué más he debido hacer que humillarme hasta hacerme hombre, dar mi vida por el hombre, ofrecer mi carne y mi sangre en alimento al hombre?

A este quejido amoroso de un Dios ofendido y millares de millares de veces ultrajado, ¿qué responde el hombre de nuestros días? ¿Qué respondeis vosotros, amados fieles que os llamáis cristianos, que os gloriais de católicos? Qué sentís en vuestro corazón? Si un mortal, como vosotros, habiendose colmado de beneficios á vosotros y á vuestros padres, y de beneficios que por su grandeza y continuacion eran de todos conocidos, viendose por vosotros menospreciado y gravemente ofendido, os dirigiese una reconvencion semejante, ¿no sentiriais, por insensibles que fueseis, subir el rubor á vuestra frente? ¿Sentís alguna impresion parecida cuando Dios, con cuyos beneficios no pueden compararse los del hombre mas rico y generoso, os dice

(1) Is. 5.

por boca de sus ministros: «¿qué más debí yo hacer por vosotros?»

Ay amados diocesanos! Triste es decirlo, vergonzoso es confesarlo: pero ¿á qué empeñarse en cubrir el mal con sombras halagüeñas, si al fin el mal existe en su horrible deformidad? Es para helar de espanto el pecho mas ardiente el observar la insensibilidad, la frialdad marmórea que viene hace tiempo apoderándose de los corazones, aun en los países en que el calor de la fé mantenía mas viva y excitable la sensibilidad religiosa. Anúncianse en medio de estos las mismas eternas verdades que en otro tiempo causaban saludable conmocion en los espíritus; se hacen resonar en sus tómplos las máximas de salud, los juicios tremendos del Señor, las invitaciones amorosas de su misericordia, las amenazas terribles de su justicia; y, sin embargo, no disminuye la muchedumbre de prevaricadores. Condénsanse sobre nuestras cabezas las nubes de la ira de Dios, retumba el trueno de su amenazadora justicia, crúzanse los raios de su indignacion; y los pecadores duermen en el lecho de la indiferencia, como Jonas en el fondo de la nave, y duermen sueño pesado, *sopore gravi*, sueño letárgico que prelúdia muerte desastrosa.

Si no tuvieramos tan alta idea como tenemos

de la bondad y clemencia de Dios, no solo para con el individuo, sino tambien para con las naciones y los pueblos, diriamos que al menos esta vieja y dejenerada Europa en otro tiempo tan amada y favorecida de Dios, hoy tan monstruosamente ingrata, se hallaba en el estado moral del antiguo pueblo del Señor cuando por uno de sus profetas se le decia: *insanabilis fractura tua, pessima plaga tua*: (1) insanable es tu quebranto, pessima es tu llaga.

Si; por que si la voz omnipotente y fecunda del Señor, que sacó al mundo de la nada y ha obrado en él tan asombrosas maravillas ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia, no es recibida por unos sino con indiferencia ó con hastío, como el maná en el desierto por los Israelitas ingratos; si otros la rechazan con abierta rebeldia como elemento contrario á la felicidad mundana que disfrutaban ó sueñan; ¿qué medio queda para curar los males del espíritu y preservar de la muerte á las naciones y á los individuos? ¿Acaso la palabra del hombre? Ah! La palabra del hombre, cuando el soplo de Dios no la impulsa ni anima, suele ser fecunda, espantosamente fecunda, para el mal, para amontonar ruinas y empaparlas en sangre; pero estéril, del todo estéril, para crear, sostener ó restablecer el imperio del bien.

(1) Jerem. 30.

La palabra del hombre lo que hace, lo que está haciendo con resultados bien dignos de lágrimas, es canonizar el crimen, engalanar la injusticia, glorificar la iniquidad y sembrar el desorden. ¿No veis como á culpas horrendas que revelan una perversión profunda, y cuya sola idea hubiera hecho estremecer á nuestros padres, con ser de corazón tan robusto, se las cubre hoy, mediante la palabra humana hablada ó escrita, se las cubre de flores para hacerlas pasar por delicados ó atrevidos rasgos de habilidad ó de génio? Y ¿no es quizá esta una de las principales causas que producen esa insensibilidad feroz, esa frialdad monstruosa, esa ausencia de todo saludable remordimiento con que vemos se cometen y se multiplican los más atroces crímenes, ya privadamente ya en público?

Y, despues de todo, se nos quiere pintar la actual sociedad como muí ilustrada, muí culta y de dulces y apacibles costumbres! Tambien esto nos hace recordar el antiguo pueblo, objeto de las misericordias del Señor y provocador de sus iras. «¿Por qué te empeñas, decia el Señor por Jeremias, (1) en mostrar que es bueno tu camino para captarte mi amor, pues has enseñado tus caminos llenos de maldades, y en tus alas se ha ha-

(1) Jerem. 2.

»llado la sangre de las almas pobres é inocentes?.....
 »y dijiste: sin pecado estoy é inocente; y por tanto
 »apártese de mi tu furor. He aquí que yo entraré en
 »juicio contigo por que has dicho «no he pecado.»
 »Cuán demasiado vil te has hecho marchando por tus
 »caminos! Por Egipto serás tambien confundida como
 »lo fuiste ya por Assur, etc.»

Juntad á lo dicho esa guerra obstinada é implacable que por todas partes y de todas maneras se está haciendo á Dios y á su Cristo por una conjuracion de fuerzas humanas y diabólicas para acabar con el dulce imperio de Jesus y de su religion sacrosanta en la tierra, y tendreis motivo para admirar sobremanera la paciencia del Altisimo. Nuestra esclarecida Patrona y Doctora mística Santa Teresa, horrorizada de las impiedades y abominaciones que los herejes propagaban en su tiempo decia: «Estáse ardiendo el mundo: quieren tornar á sentenciar á Cristo, como dicen, pues le levantarán mil testimonios: quieren poner su Iglesia por el suelo.....» O Santa de mi corazon! Qué diriais hoy si viviéseis en la tierra! ¿En qué términos podriais expresar la amargura de vuestro dolor á vista de la negra ingratitud y perversidad creciente de los enemigos de vuestro amado Jesus?

¿Qué existe hoy en el mundo de cuanto representa

ó trae á la memoria á Dios que no sea objeto de contradiccion, de ira, de sarcasmo, de maledicencia, de oprobio y escarnio? Qué más? Hasta al mismo Dios, hasta la idea de Dios, autor y conservador del mundo se pretende arrojar del mundo mismo como se arroja una cosa inútil ó perjudicial. Se pretende desterrar la idea y el recuerdo de Dios de las ciencias, de las artes, de las leyes, de las costumbres, del seno de las familias y de la mente del individuo. Y Dios calla, y es paciente, no se apresura por que es eterno, *patiens quia æternus*, dice San Agustin. Mas, de este silencio pavoroso y terrible de Dios toma ocasion el impío para exaltar su corazon y soltar su lengua en *altanerías y blasfemias*, (1) contra el mismo Dios y contra su Cristo, y contra los Santos del cielo.

Quizá muchos de vosotros no comprendereis lo que digo. Pluguiése á Dios que ninguno lo entendiera, y yo no tuviera la dolorosa necesidad de decirlo! Hay quienes harto lo comprenden, y saben que no falta á la verdad sin necesidad de aducir aquí todas las tristísimas pruebas que demuestran lo que no hago mas que insinuaros.

Hay en el mundo una institucion destinada á glorificar el nombre de Dios, á conservar íntegra y pura

(1) Apoc. 13.

la doctrina que Dios se dignó dar al hombre para restablecer su dignidad perdida y salvarle, á propagar esta doctrina de salud y estender el reino de Dios por todos los angulos de la tierra: esa institucion es la Iglesia católica fundada por Jesucristo que vive en medio de ella y vivirá hasta la consumacion de los siglos. Pues, «guerra á muerte, exclama el impío, guerra á muerte á esa institucion, guerra de exterminio á esa Iglesia; ataque general y simultáneo á sus dogmas, á su organizacion, á su culto, á su disciplina, á sus ministros, á su cabeza visible.» Y Dios calla, y es paciente, no se apresura por que es eterno. Y «la soberbia de los que á Dios aborrecen crece siempre» y en la embriaguez de su orgullo gritan animándose á la lucha sacrílega como los hijos de Edon: (1) «*exinanite exinanite usque ad fundamentum in ea: arruinad arruinad hasta los fundamentos del alcázar del fanatismo.*» Y Dios calla..... No; me he equivocado: Dios habla, y habla hace ya tiempo con el lenguaje amenazador y terrible de su ira: pero los hombres no quieren entender este lenguaje; cierran sus oidos para no escucharle y continúan su obra de ruina y desolacion. ¿No lo veis? Mientras que Dios está cargando su mano poderosa y terrible sobre una nacion vecina, mil

(1) Ps. 136.

veces digna de compasion por su índole cristiana, por sus delirios pasados y por sus desgracias presentes; mientras que, con asombro de los prudentes del mundo, ve humillada por estraña mano su grandeza y quebrantada su pujanza; el gobierno de otra nacion *civilizada*, que debiera aprender algo en el infortunio ageno, se apresura á derramar nuevas copas de amarga hiel en el corazon de la Iglesia á quien llama madre, y de su augusto jefe á quien llama padre!... Qué misteriosa ceguedad!...

Y si fuera cierto que los gobiernos de las demas naciones mirasen con desdeñosa indiferencia la mas inicua de las usurpaciones verificada con la mas vil de las hipocresias..... oh! bien pudiera asegurarse que no tuvo tan horrible calma Pilatos cuando se lavaba las manes, ni aun Tiberio cuando tuvo noticia de la cobarde é indigna conducta del gobernador de Judea que habia deshonrado las fascas romanas entregando al Justo al furor de sus enemigos.

Ya conoceis que os hablo otra vez de la invasion de Roma por las tropas del Piamonte, de la sacrílega usurpacion del resto de los Estados Pontificios á que todavia no habian estendido su mano la injusticia y la violencia. Sí, amados diocesanos: no se contentaba

con menos el espíritu destructor de cuanto á la Iglesia pertenece. Aquella *ciudad amada* del pueblo de Dios, aquella Roma querida y venerada de los adoradores del Dios verdadero, aquella mansion del reposo y de las graves y profundas meditaciones, aquella morada predilecta de la ciencia y del génio, aquel santuario de refugio para los corazones enfermos, aquel asilo preparado por la mano de la divina providencia para los necesitados de grandes consuelos; aquel pueblo el mas razonablemente libre y feliz de todos los pueblos de la tierra—á pesar de las huecas declamaciones de los espíritus frívolos ó dominados de impiedad—ese pueblo arrancado á la mano protectora y benéfica del Pontífice Rey, es hoy presa de dominacion estraña, y no me sorprenderá, ni á vosotros sorprenda, verle dentro de poco hecho víctima del mas brutal desenfreno, y á nuestro comun Padre obligado á buscar asilo donde Diosquiera.

Entretanto el Pontífice Sumo de la Iglesia católica se halla reducido á su morada rodeado de los usurpadores de sus estados, y ¿quién sabe si en situacion muí parecida á la de Jesucristo en el huerto de las olivas?

Esta situacion, es desuyo de una gravedad imponderable: pero se acrecienta su funesta importancia con-

siderándola—por mas que otra cosa quiera aparentarse, —como resultado práctico de una conjuracion sistemática contra la Iglesia de Dios, conjuracion que todavia no dice «basta.» Por de pronto, asi se trata al representante de Dios en la tierra, al jefe supremo de mas de doscientos millones de adoradores del verdadero Dios que necesitan libre comunicacion con su cabeza para satisfacer las necesidades de su alma! Así se oprime, y se esclaviza la conciencia, así se hiere la libertad humana, la libertad del espíritu, en nombre de otra libertad que no comprendo, y por hombres que se dan *modestamente* así mismos el dictado de *libertadores!*

Tal es el estado del mundo. Ahora decidme vosotros: llegadas las cosas á este punto en que parece que la sociedad, fuera de su quicio, y obstinada en desentenderse de Dios, falta á los fines para que el mismo Dios la formó, decidme, llegadas las cosas á este punto, ¿qué hará Dios con el mundo?

No es ya la primera vez que, aterrado á vista del estado de depravacion del mundo actual, os dirijo esas palabras que revelan un corazon lleno de presentimientos congojosos. Ya en mi pastoral de 11 de Abril de 1859, dia aniversario de mi consagracion, habiéndooos presentado á grandes rasgos el cuadro histórico de

los beneficios hechos por Dios al linaje de Adan, y de la infiel correspondencia de este á su criador y salvador os decia: «despues que Dios ha abierto los tesoros de sus gracias á los hombres del modo que queda expuesto, hasta el punto de darse asimismo no solo en precio de redencion, no solo como jefe, maestro y modelo, sino como alimento de vida para nuestras almas; despues que tan prodigiosas cosas ha hecho Dios por los hijos de Adan asombrando al cielo y á la tierra; si ahora estos se olvidan de Dios, y menosprecian sus dones, y se avergüenzan de su evangelio, y arrojan el yugo de su ley; si unos persiguen abiertamente á la Iglesia su esposa, otros, en vez de venerarla como reina y como madre, la tratan, cuando mas, como á una criada distinguida de cuyos servicios no pueden prescindir; si ve que aun los mismos que se llaman sus hijos la deshonoran con sus costumbres paganas; ¿qué hará Dios con el mundo? ¿Qué le queda que hacer con el mundo ingrato, con el mundo rebelde, con el mundo que prefiere las cadenas de la esclavitud mas horrible y vergonzosa á la libertad de los hijos de Dios que el mismo Dios vino á darle haciéndose hombre?

Ya lo veis, amados H. N. Por una parte no retira la mano de su misericordia;.... por otra nos avisa de

mil maneras, de mil espantosas maneras, de cuan encendida se halla su ira, y como tiene su arco preparado y dispuestas sus saetas para la venganza de los pecadores. ¿No veis cuántas veces y de cuántas maneras ha hecho resonar sobre nuestras cabezas el trueno de su indignacion y cruzarse á nuestra vista los rayos de su amenazadora justicia? *Quebranto sobre quebranto* (1) ha enviado y toda la tierra ha sufrido desolacion. Hambres, pestes, inundaciones, temblores de tierra, hundimientos de pueblos, sacudimientos violentos en las naciones, furores sangrientos de unos pueblos contra otros y de unos hombres contra otros, bamboleo en los tronos, falta de aplomo en los gobiernos, inseguridad en lo presente, hondos temores sobre el porvenir..... Todas estas y otras calamidades han venido sobre el mundo en breve espacio de tiempo; y el mundo todavia duerme..... Dios cerca de espinas los caminos de los hombres; (2) *llena todas las cosas de tribulacion*, diriamos con S. Agustin, (3) para que levantemos hacia El nuestros ojos; y los hombres, adheridos á la tierra, de la tierra solo se ocupan, como si se creyesen bastante justos, ó bastante poderosos para no tener que temer las iras del cielo.

(1) Jerm. 4.

(2) Os. 2.

(3) In ps. 53.

Bien sabemos A. H. N. que los pecadores para aquietarse en el mal y desvanecer los santos temores de la fé y las saludables inquietudes que Dios quiere producir en nosotros por medio de sus castigos paternales, suelen decir que no hay por que asustarse, por que todos los siglos y todas las edades han tenido su afan, sus quebrantos y dolores. Observad, empero, A. H. N. que en el siglo en que vivimos se han aglomerado las plagas de una manera notable, y este aglomeramiento es un sintoma que debe alarmar y alarma á los mas robustos corazones que no han perdido la fé ni el temor santo y saludable de los juicios del Señor. Muchos y muí enormes son los pecados de los hijos, cuando un padre indulgente y bondadoso se ve precisado á multiplicar sobre ellos los azotes, cansado de darles amorosos gritos y de ver desdeñados sus dulces llamamientos.

Tambien sabemos que el orgullo humano en su loco empeño de desentenderse de Dios, y de alejarle, por decirlo así, del gobierno del mundo físico y del mundo moral, ha inventado fórmulas para explicar á su modo los fenómenos aterradores que uno y otro presentan de cuando en cuando sin hacer entrar en ellas la idea de Dios que sin duda le inquieta y espanta demasiado. Pero ¿qué vale ese esfuerzo del amor propio; esa

disimulacion de la propia ignorancia, esa artificiosa ocultacion del miedo para los que hemos leído en el libro divino que Dios *armará las criaturas para la venganza de los enemigos*: (1) *que el fuego, el granizo, la nieve, la helada, el espíritu de tempestades ejecutan su palabra*: (2) y que *el fuego, el azufre, el viento borrascoso son la porcion del cáliz de los pecadores*, (3) esto es el principio de sus castigos, como expone S. Gregorio?..... con razon, dice el mismo Santo, nos hieren todas las cosas que han servido á nuestros vicios: *jure omnia nos feriunt quæ vitiiis nostris servierunt.*

Ay A. H. N.! Leed el libro de Dios; estudiad la historia de Dios en sus relaciones con el hombre; y aprendereis lo que os interesa en gran manera saber, lo que nunca deberiais olvidar; y es que las grandes calamidades que caen sobre el mundo, vienen por el pecado. *Muerte, sangre, contienda, y espada, opresiones, hambre, y quebranto, y azotes*; dice el Eclesiástico, *para los malos fueron criadas todas estas cosas, y por ellos vino el diluvio*. (4) *Como el diluvio embriagó la tierra*, dice el mismo autor inspirado, *asi la ira del Se-*

(1) Sap. 5.

(2) Ps. 148.

(3) Ps. 10.

(4) Eccli. 40.

ñor será la suerte de los que no le buscaron. (1).....

Desengaños, A. H. N.: todos los vanos pensamientos de los hombres, todos sus discursos, por brillantes y pomposos que aparezcan, no harán que falle en un ápice esta sentencia del Espíritu Santo: *la justicia eleva la nacion: mas el pecado hace miserables á los pueblos.* (2) El pecado es el torrente de iniquidad que, atravesando los siglos, viene ahogando en sus inmundas corrientes una porcion considerable del género humano, é infestando el mundo con sus pestíferas emanaciones. De estas se forman esas nubes de impenetrable densidad que, segun la espresion de Isaias, ponen division entre nosotros, y nuestro Dios, y nos esconden su cara para que no nos oiga: (3) nubes de venganza que, cuando el soplo de la divina clemencia no las disipa; vienen á descargar su malignidad sobre los pueblos, familias, ó individuos que el dedo de Dios las designa. Y cuando llegan estos momentos terribles y angustiosos, ya sabeis lo que sucede: pierden su sabiduria los sabios, y su prudencia los prudentes, y la ciencia se avergüenza de si misma, y los oráculos enmudecen, y los arrogantes adoradores de la razon y de la omnipotencia de sus recursos dan grandes ejemplos de

(1) Eccli. 39,

(2) Prov. 14.

(3) Is. 59.

prudente cobardía, y el nombre de Dios es grande y adorable, santo y terrible mientras duran los momentos de su juicio y la manifestacion de su poder. En aquellos momentos no hay Ateos ni Panteistas, ni aun siquiera Deistas.»

Esto os decia en la fecha citada con otras varias instrucciones y saludables avisos que desearia tuviéseis de continuo muy en la memoria en la época presente, para que, lejos de experimentar sorpresa, y menos abatimiento á vista de los dolorosos sucesos que van sobreviniendo, estuviéseis siempre prevenidos, y no os cupiera en ellos responsabilidad alguna por vuestra cooperacion al mal ó falta de cooperacion al bien.

Desde la época á que me refiero ¿quién se atreverá á asegurar que haya mejorado el estado moral del mundo? ¿Qué veis en él que pueda inspiraros esa idea consoladora? A mi me parece estarse cumpliendo la prediccion tremenda del Apóstol: «los hombres malos y seductores progresarán en peor, errando é induciendo á error:» (1) me parece estar viendo cumplirse la profecia de Isaias: (2) «lloró la tierra y cayó y desfalleció..... y desfalleció la alteza del pueblo de la tierra; y la tierra fué inficionada por sus habita-

(1) 2.º ad Timot. 3.

(2) Is. 24.

dores: por que traspasaron las leyes, *mudaron el derecho*, rompieron la alianza sempiterna. Por esto la maldicion devorará la tierra, y pecarán los habitantes de ella: y por esto *enloquecerán* sus moradores, y *quedarán pocos hombres:*» esto es pocos que se libren de esta especie de locura y se mantengan fieles á la ley del Señor.

A poco que reflexioneis sobre este sombrío cuadro del Profeta, vereis en él retratado el mundo actual sin que sea necesario que yo me detenga á haceros notar la exactitud del parecido.

Ya se yó que la sociedad actual, y señaladamente la que goza, no quiere creerlo así, ni detenerse á examinarlo; antes bien, engolfada en sus placeres, dice tal vez como la prostituta Babilonia del Apocalipsis: (1) «sentada estoy reina: y no soy viuda, y no veré llanto.» Pero ¡ay! por esto mismo es más de lamentar su situación, y son más de temer sus castigos. «Por esto, dice el Señor en el mismo sagrado libro y en el lugar mismo citado hablando de la corrompida y corruptora Babilonia, por esto en un día vendrán sus plagas, muerte y llanto, y hambre, y será abrasada por el fuego: por que fuerte es el Señor que la juzgará.» (2) Yo no sé que ciudad ó pueblo de la tierra

(1) Apocalipsis. 18.

(2) Apoc. ib.

esté figurado en esa Babilonia misteriosa de que nos habla el libro tambien misterioso del Apocalipsis, y quizá tambien en la Babilonia antigua de que nos habla Isaias en el capitulo 47.

Lo que si sé es que, atendida la perversion en ideas en sentimientos y en costumbres del mundo actual, y su obstinada resistencia á cambiar de condiciones, se vá haciendo acreedor á los castigos de la antigua y nueva Babilonia de que nos hablan los libros santos. Lo que si sé es, que las almas que viven de la fé, y aman á Dios y temen sus juicios, á vista del estado del mundo se sienten acometidas de santos terrores y angustiosos desfallecimientos que solo la accion misma de la fé puede aliviar. Oh! cuántos y cuán tristes motivos tienen hoy esas almas para prorrumpir en aquella exclamacion amorosa y amarga á la vez que nuestra Santa hacia al contemplar el estado del mundo en su tiempo: «Pues ¿qué es esto mi Señor y mi Dios? O dad fin al mundo, ó poned remedio en tan gravisimos males, que no hay corazon que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplicoos, Padre Eterno, que no lo sufrais ya vos: atajad este fuego, Señor, que si quereis podeis. Mirad que aun está en el mundo vuestro hijo..... No lo hagais, Señor, por nosotros que no lo merecemos; hacedlo por vuestro hijo, pues suplica-

»ros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir.
 »Pues El alcanzó de vos que por este día de hoy, que
 »es lo que durare el mundo, le dejasedes acá, y por que
 »se acabaria todo; ¿qué será de nosotros? Que si algo
 »os aplaca es tener acá tal prenda: pues algun medio
 »ha de haber, Señor mio, póngale Vuestra Mage-
 »stad. (1)»

Si por cierto: medio hay, amados diocesanos, de salvar por ahora el mundo de su ruina. Lamentable es su estado moral: duro, y casi insensible á los celestiales medicamentos, ciego de sensualidad y loco de orgullo comete aquellas dos maldades de que se quejaba el Señor por su Profeta diciendo: «pasmaos cielos sobre esto, y vosotras ó puertas del cielo asolaos en gran manera, por que dos males hizo mi pueblo; me abandonaron á mi que soy fuente de agua viva, y cabaron para sí cisternas, cisternas rotas que no pueden contener las aguas..... Quebrantaste mi yugo y dijiste «no serviré.» (2)

Con todo eso, yo creo que hay resina en Galaad para curar las llagas y fracturas de ese mal parado enfermo, evitar su próxima ruina y lograr que viva por no se cuanto tiempo.

(1) Camino de Perfeccion cap. 35.

(2) Jerem 2.

Me parece haberos dicho en otra ocasion que la suerte del mundo está en cierto modo en nuestras manos; que si los que somos y nos llamamos católicos hiciéramos cuanto con la gracia de Dios podemos hacer para curar sus males, no habria fuerzas que pudieran neutralizar nuestra accion salvadora. Seria esta la accion del poder de Dios puesto á nuestra disposicion, segun aquella aseveracion del Rey Profeta: *voluntatem timentium se faciet, et deprecationem eorum exaudiet*: hará el Señor, dice, la voluntad de los que le temen, y oirá su deprecacion.

¿Qué es pues lo que se necesita para aplicar la eficacia del poder divino á la salvacion y mejoramiento del mundo enflaquecido y postrado en el órden moral? Tener nosotros, los hijos de la luz, los católicos, superabundancia de vida en nosotros mismos; estar en santa relacion de amor y temor filial con Dios; ponernos en disposicion de ser oidos de Dios, y pedirle con humildad, confianza y perseverancia. Y ¿qué es lo que se necesita para adquirir esas condiciones y ser oidos? Penitencia, amados hermanos é hijos nuestros en Jesucristo, penitencia.

Entremos dentro de nosotros mismos: «escudriñemos y pesquisemos nuestros caminos, como decia el desolado Jeremias á vista de las calamidades de su

pueblo y de la ciudad santa, y volvamos al Señor. Levantemos al Señor nuestros corazones con las manos hacia los cielos» (1) y confesando que hemos pecado, que hemos sido ingratos, que no hemos correspondido debidamente á los beneficios divinos, y que con nuestras ingratitudes hemos provocado á enojo al Señor, y hemos armado el brazo de sus enemigos y de los enemigos de su Iglesia.

Quisiéra yo, amados en Jesucristo, que os penetraseis bien de esta verdad por amarga que parezca; es á saber, que en las causas ó motivos de los males públicos que caen sobre el mundo suele haber cierta solidaridad, cierta participacion comun, ó cuasi comun, del mayor número, sobre lo cual pocas veces ó ninguna piensan aun las personas graves. Los pecados públicos, sobre todo cuando gozan de impunidad, suelen por una disposicion justisima de la divina providencia atraer las calamidades públicas ó castigos comunes. Cuando los magistrados, dice el sábio y piadoso P. Nieremberg, no castigan á los culpables, toma Dios la mano para castigar al pueblo y á los magistrados. Ahora bien; en esa clase de pecados que provocan la ira del Señor, si bien se reflexiona, siempre suelen ser muchos los que se hacen

(1) Tren. 3.

culpables; unos cometiéndolos, otros consintiéndolos en reprensible silencio, otros omitiendo castigarlos teniendo obligacion de hacerlo; estos faltando al deber de la correccion fraternal desnudos de zelo por la honra de Dios, aquellos tal vez aprobándolos, ó aparentando aprobarlos por mundana prudencia; quienes cooperando directa ó indirectamente al mal, quienes dejando de hacerle frente en los términos que pudieran y debieran por miras de torpe, corbarde y criminal egoismo: de suerte que por comision en unos y por omision en otros, por cooperacion al mal y falta de enérgica cooperacion al bien, el vicio y el crimen campean y se hacen de moda, y la virtud llega á verse oprimida, deshonrada, desposeida de todo derecho y privada de todo miramiento ante la sociedad pervertida. Dios deja sufrir por algun tiempo á los justos que lloran y ruegan: pero al fin deja sentir el peso de su mano sobre los pueblos culpables.

Ahi teneis, A. H. la razon de los males públicos, de las calamidades comunes, y la razon por que todos debemos llorarlos considerándonos mas ó menos responsables de ellos, y sujetarnos á penitencia si de veras deseamos conjurarlos.

Leed los libros santos, y vereis como ordinariamente al desbordamiento de las pasiones humanas y

reinado de los vicios en los pueblos, se han seguido los azotes del cielo como llamamiento paternal, ó como castigo de Dios, ó como uno y otro á la vez: y cuando el Señor ha querido evitar á su pueblo esos azotes, ó hacerlos cesar, ha llamado al pueblo á la penitencia y á la oracion, como medios poderosos y únicos eficaces para tornarle propicio y desarmar su brazo.

No hago pues yo mas que repetir el clamor de los Profetas, de los Apóstoles y de los hombres apostólicos de todos los siglos cuando os exhorto á la penitencia, y, despues de ella, á la oracion para remediar los males del mundo actual y preservaros, si es posible, de las nuevas plagas que al mundo amenazan, si los hombres y las sociedades no cambian sus condiciones morales.

Si: yo estoy haciendo ahora un oficio semejante al que hacia el profeta Isaias con el antiguo pueblo de Dios cuando le transmitia la palabra del Señor en esta amorosa invitacion: «anda pueblo mio, entra en tus aposentos, cierra tras de tí tus puertas, escóndete un poco por un monemto, hasta que »pase la indignacion: por que he aquí que el Señor »saldrá de su lugar para visitar la maldad del mo- »rador de la tierra contra El.» (1) Aprovechad,

(1) Is. 26.

amados míos, el aviso: aprovechad la tregua que el Señor en su misericordia os concede: aprovechad su clemencia para salvar vuestras almas y cooperar eficazmente á la salvacion del mundo.

Si esto haceis, otra vez os digo: tened cofianza: orad, y no temais aunque veais turbarse la tierra y trasportarse los montes á las entrañas del mar, (1) aunque veais conturbadas las naciones y bambolearse los reinos; por que con nosotros estará el Dios de todo poder, y el Dios de Jacob será nuestro amparador.

Reconciliados con Dios por el sacramento de la penitencia, orad y cofiad en el poder de Dios y en su bondad infinita. ¿Qué habrá que pueda resistírsele cuando haya muchos que invoquen su auxilio con corazon humilde y puro? El ha dicho al pueblo que amaba. «invócame en el dia de la tribulacion; yo te libertaré y tu me honrarás.» (2) ¿Ha escaseado alguna vez las demostraciones prácticas de la eficacia de esta promesa?

Os afligen los males de la Iglesia. Justa justisima es vuestra afliccion y la mia. Pero la Iglesia en su amargura, agradeciendo vuestras lágrimas filiales,

(1) Ps. 45.

(2) Ps. 49.

podria decirnos como su divino esposo á las hijas de Jerusalem que le seguian al Calvario: «no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos, por que dias vendrán en que direis á los montes, caed sobre nosotros, y á los collados, enterradnos.» Oh! La Iglesia misma llora: pero llora por vuestra suerte y por la suerte de vuestros hijos: llora por las ofensas y ultrajes que contra Dios se cometen, y por las consecuencias horrendas que han de traer para los hombres esos ultrajes y ofensas. No tegais vosostros parte directa ni indirecta, mediata ni inmediata en esos ultrajes y ofensas, lavad vuestras almas de la impureza de la culpa, y orad por los que se hallan sujetos á sus cadenas, y consolareis á la Iglesia y enjugareis las lágrimas de vuestra santa madre.

La Iglesia.... Es condicion de su existencia en la tierra padecer y enseñar á padecer. Esto, que tan repugnante, y á veces tan oprobioso es al mundo, es el carácter, el distintivo divino, la gloria de la única verdadera Iglesia de Jesucristo, la Iglesia católica. Esposa del Crucificado debe, por asemejarse á su esposo, ser tambien crucificada, y en efecto, es enclavada en la cruz, segun el pensamiento de San Agustin, para que no tenga arrugas que afeen su hermosura. (1) *Crucifigitur ut rugam non habeat.*

(1) S. Aug. in ps. 132:

La vida de la Iglesia es, por decirlo así, la continuación de la vida de Jesús su esposo. Pasa algunos momentos en el Tabor inundada de celestiales consuelos, pero sin perder de vista el Calvario, los tormentos y la cruz. Va al monte de la mirra y al collado del incienso, (1) siguiendo siempre el llamamiento y cumpliendo los designios del divino esposo que la guía, la sostiene y la conforta.

Compadecemos á los miserables hijos de la impiedad revolucionaria cuando, embriagados en sus ignominiosos y pasajeros triunfos, creen llegado el momento de batir palmas, como en otro tiempo los Asirios y Babilonios sobre el monte santo de Sion. Desventurados! No conocen lo que es la Iglesia, ni la firmeza de los fundamentos de esta fábrica divina indestructible al débil brazo del hombre. No ven el ángel del Señor armado de fulminante espada, pronto á herirlos de muerte en el momento en que reciba órdenes del Omnipotente. No saben que la Iglesia tiene vida divina que penetra y sostiene el elemento humano que entra en su composición, y que por lo mismo, en medio de sus mayores tribulaciones y aparentes abatimientos, puede decir á la Babilonia impía de hoy con mas razón que el pueblo judío

(1) Cant. 4.

á la Babilonia antigua: *ne læteris inimica mea super me quia cecidi: consurgam....* (1) No te alegres enemiga mia sobre mí por que me ves abatida: me levantaré cuando parezca que estoy en tinieblas, por que el Señor es mi luz, *dominus lux mea est.*

En diferentes ocasiones os he hablado de este asunto tratando de inspiraros la mas completa y absoluta confianza por lo que toca á la vida, robustez y fecundidad de la Iglesia, y á la invencible potencia que entraña para repeler y neutralizar la accion de todos los elementos nocivos á su vitalidad. Si me preguntárais si en las circunstancias actuales se ha disminuido algun tanto mi confianza; os responderia sin titubear: «ni en un solo punto, ni en un solo momento he podido ni podré dar lugar en mi corazón á la desconfianza, antes por el contrario, os aseguro con toda la sinceridad de mi alma que cuando veo subir las olas de la tribulacion, y como estrecharse el círculo de hierro con que los obreros de la iniquidad intentan oprimir á la Iglesia hasta ahogarla, si les fuera posible, sufro—Dios lo sabe, y por qué negarlo?—sufro y padezco como sufre y padece el hijo no desnaturalizado en los padecimientos y dolores de su madre: pero temer ó desconfiar acerca de la vida y poder de la Igle-

(1) Mich: 7.

sia; eso no, eso jamás! antes bien siento acrecentarse en mi pecho la confianza en la proximidad del remedio celestial, y reanimarse en mi espíritu la esperanza de ver brotar del seno de Dios la abundancia de sus misericordias para consolar y dar el triunfo á su esposa en la tierra.

Y esto nace de la grande idea que tengo de la divina bondad que no permite que los que en ella creen y confían sean tentados sobre sus fuerzas, ayudadas de la gracia; (1) que no deja siempre estendida la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos, á fin de que éstos no extiendan su mano á la iniquidad; (2) que ayuda siempre en las oportunidades en la tribulación; (3) que no se irrita para siempre, ni eternamente amenaza, (4) que no ha de encerrar en su seno sus misericordias que son para los miserables, y que se acuerda de éstas cuando está airado por nuestras culpas; (5) que, como se compadece el Padre de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen por que él conoce nuestra hechura, (6) sabe sabe cuan frágiles somos y no se complace en nuestra ruina. De todo lo

(1) 1 Cor. 13.

(2) Ps. 124.

(3) Ps. 9.

(4) Ps. 102.

(5) Habac. 3.

(6) Ps. 102.

en el infierno, que cuando menos remedio á los males de su Iglesia, y menos consuelo á sus angustias parezca haber en la tierra, entónces están mas cerca los remedios y consuelos del cielo.

Nace además mi firme confianza de la idea que la fé y la historia me dan de la vida que Dios ha querido que lleve su esposa la Iglesia durante su estado de lucha en la tierra, segun antes os indicaba. Esa vida es un tejido de gozos y dolores, de sufrimientos y de triunfos: y si bien el gozo sin fin y sin medida, y el triunfo definitivo y eterno sobre todos sus enemigos le están reservados para el fin de los tiempos y dia de la entrada de todos los predestinados en la gloriosa eternidad, no obstante, como Dios no ha querido dejarla aca en el mundo sin defensa, ni la verdad que ella conserva sin testimonio, de cuando en cuando hace el que habita en los cielos alguna manifestacion mas sensible de su poder en favor de ella confundiendo á los soberbios, que fiados en su braze y en su escudo, creian ver consumada su ruina. La historia está llena de *nombres famosos* de héroes del crimen cuya celebridad consiste en haber sido vencidos por la *debilidad invencible* de la esposa del cordero.

Dejad que pasen los dias de prueba que el Señor tiene decretados: y mientras pasan, purificad vuestras

almas y orad; y cuando haya llegado la hora de Dios, levantad del polvo vuestras cabezas, y vereis como ha cambiado la escena: vereis la mano del Señor salvando á su pueblo y quebrantando la fuerza y confundiendo la astucia de los poderes que habia tomado por instrumentos para la ejecucion de los designios de su providencia, para la purificacion de sus escojidos. «*Ay de Assur!* decia Dios en otro tiempo hablando del orgulloso Asirio, instrumento de castigo para su pueblo, *vara es y baston de mi furor!* Mas, añade despues el profeta Isaias: (1) *Cuando el Señor hubiere cumplido todas sus obras en el monte de Sion y en Jerusalem, hará exámen sobre el fruto del orgulloso corazon del rey de Assur, y sobre la gloria de la altivez de sus ojos etc.* Tiemblen y estremezcanse aquellos que sirven de instrumentos de prueba para el pueblo santo! *Ay de tí que despojas!* decia el Señor por el mismo profeta (2) amenazando á los mismos Asirios maltratadores de su pueblo: *Ay de tí que despojas! qué, ¿no serás tu tambien despojado? y tú que desprecias, ¿no serás tambien despreciado? Cuando acabares de despojar, serás despojado: cuando cansado dejares de despreciar, serás despreciado.* Basta. Amontonar sobre esto testimonios

(1) Is. 10.

(2) Is. 33.

y hechos de los libros santos, pudiera parecer alarde intempestivo de erudición sagrada, de que Dios me libre. Recomendando, sí, la lectura de los dos capítulos de Isaias que acaban de citarse á cuantos tengan biblia legitima, y que noten ciertas semejanzas.

Miradas las cosas á esta luz, y tomando en cuenta esa misteriosa alternativa de gozos y dolores por que Dios en su altísima sabiduría quiere hacer pasar á su Iglesia, paréceme, (y disimúlese lo atrevido del pensamiento) paréceme que tocaba por ahora á nuestra santa madre pasar por un período de amargura y sufrimiento por lo mismo que hace poco ha disfrutado de grandes consuelos.

¿No la visteis poco há vestida con sus galas celebrar un dia de triunfo en medio del mundo asombrado? ¿No la visteis, á la que el mundo impio creia caduca y decrepita, presentarse llena de vida y robustez hablando á ese mundo mismo palabras de verdad y de salvacion en tono grave solemne y majestuoso, como quien posee la fuerza de Dios y tiene potestad para anunciar al mundo sus eternos decretos? ¿No la visteis como torre de David levantada en medio de un mundo ruinoso, adornada de mil escudos y cubierta de toda armadura de fuertes? ¿No la visteis, como un ejército puesto en órden de batalla, aparecer tan serena y

temible, ó mas temible que en otros tiempos, ante la muchedumbre y poder de sus enemigos? Oh! este fué un verdadero triunfo para la hija del cielo. Rodeado el Supremo Pastor de la grey católica como de una corona de sus hermanos llegados de todos los [puntos de la tierra, daba gracias al cielo por los consuelos inefables con que regalaba su ancianidad.

O Roma, Roma querida! yo te vi, yo tuve la dicha de verte en la plenitud de tu grandeza, vestida de fortaleza y hermosura. Tu eras entonces un globo de luz que iluminaba toda la tierra, y llevaba á sus últimas estremidades claridad, consuelos y alegrías. O inmortal basílica de S. Pedro! tu eras entonces el foco de la vida que irradiaba el universo, la fuente de salud patente para la casa de Jacob, el monte santo del Señor al que levantaban su vista los que deseaban el auxilio del cielo y el conocimiento mas explícito de la verdad y de la ley.

Esto fué ayer, A. H.; esto ha pasado á nuestra vista, haciéndonos admirar el poder y la bondad del Altísimo para con su Iglesia. No lo olvidemos, por mas que acontecimientos de espantosa y aterradora magnitud hayan venido en seguida á ocupar dolorosamente nuestra atencion.

Pues, si hemos recibido tales bienes de mano del

Señor, ¿por qué no hemos de sufrir resignados los males con que quiere visitarnos para probar y purificar nuestra fé? Si poco ha hemos tenido esos consuelos, ¿por qué tan pronto habrían de desfallecer nuestras esperanzas? ¿Podríamos temer por la existencia de la Iglesia, habiendo visto hace poco una de las mas grandes y sensibles pruebas de su vigor y lozanía? Remontémonos, A. H. en alas de la fé á las alturas de los designios divinos, y en los mas duros y ásperos acontecimientos veremos las obras de la sabiduría y bondad de Dios ejecutadas con delicada y exquisita perfeccion. La Iglesia ha logrado en nuestros miserables dias un gran triunfo—me atrevo á decirlo mui alto—un gran triunfo en la reunion de un concilio ecuménico en la capital del orbe católico: triunfo admirable que, atendidas todas las circunstancias, pudiera quizá mirarse como un prodigio cuya importancia y saludable trascendencia el presente y el provenir se encargan de encarecer. ¿Qué extraño es pues, que, segun la conducta ordinaria de la divina providencia, tenga ahora que beber la esposa de Jesus algunas gotas del caliz amargo de su esposo crucificado? Acordémonos de la grave sentencia de S. Agustin hablando del estado de la Iglesia en la tierra: (1) *flagellatur in malis ne extollatur in bonis.*

(1) Tract. 124 in Joann.

Ciertamente que es en gran manera angustioso para quien vive de la fé, y ama la verdad y la justicia, ver la iniquidad triunfante, y como, ora con procaz impudencia y cínico descaro, ora envuelta en la gasa de vil y repugnante hipocresia, lleva adelante con satánica perseverancia su obra de ruina y deprecacion. Cierto que no hay corazon que ame á Dios que no rebose de amargura al considerar la impia y sacrilega ocupacion de los estados del representante de Dios en la tierra, y la especie de cautiverio á que este se ve reducido por mano enemiga y cuasi parricida. Cierto que al saber los medios pérfidos que se han empleado para arrebatár al Papa y á los católicos de todo el mundo lo que Dios ha querido fuese como la garantia de la libertad é independendencia necesarias al Supremo Gerarca, y al contemplar el lastimoso estado á que despues de la última usurpacion se ve reducida la ciudad santa, se siente arder el corazon y dispuesto á exclamar con el celoso Mathatias al ver á Jerusalem presa de sus enemigos y teatro de inmundas abominaciones: (1) «Ay de mí! ¿por qué nací para ver la ruina de mi pueblo, y la ruina de la santa ciudad?.... La que era libre ha sido hecha esclava etc....: ¿Para qué es vivir aun?»

(1) 1. Machab. 2.

Pero aquí, amados en Jesucristo, aquí se ha de manifestar la fortaleza y paciencia de los Santos: aquí el acojerse al áncora sagrada de la esperanza en Dios: aquí los clamores agudos y perseverantes del corazón dirigidos Al que habita en los cielos para que *se levante* á defender la gloria de su nombre ultrajada por la impiedad, y la gloria de su Iglesia perseguida inicuaamente por fementidos, cobardes, y crueles adversarios: aquí, en fin, el renovar, después de la renovacion del espíritu por el sacramento de la penitencia como dejo inculcado, el renovar aquellas plegarias y quejas amorosas que los Santos dirijian en otro tiempo al Señor cuando le contemplaban airado y dejando obrar al impío conforme á su impiedad. *¿Por qué, Señor, permitis que el camino de los impíos vaya en prosperidad: y que vaya bien á todos los que prevarican y hacen mal? Tu los plantaste y echaron raices, medran y hacen fruto... ¿Hasta cuándo llorará la tierra, y se secará la yerba de todo campo, por la malicia de los que habitan en ella? (1)=«O espada del Señor! hasta cuando no descansarás? Entrate en tu vaina, refrigerate y descansa.» (2)=«Volveos Señor ¿hasta cuándo? y sed exora-

(1) Jerem. 12.

(2) Jerem. 47.

ble para vuestros siervos.» (1)=«Ensalzaos, Señor, que juzgais la tierra: dad su merecido á los soberbios. ¿Hasta cuando los pecadores, Señor, hasta cuando los pecadores se gloriarán, dirán arrogancias y hablarán iniquidad, hablarán todos los que obran injusticia? A vuestro pueblo, Señor, abatieron, y á vuestra heredad maltrataron..... y dijeron: no lo verá el Señor, ni lo entenderá el Dios de Jacob.» (2)=«Venid á librarnos Señor Dios de los poderios: mostradnos vuestra casa y seremos salvos. Levantaos, Señor, y juzgad vuestra causa: no os olvidéis de los pobres.» (3)=«Levantaos, Señor, por qué dormis? Levantaos, y no nos desecheis para siempre..... Levantaos, Señor, ayudadnos y redimidnos por amor de vuestro nombre.» (4)=«Señor, cuando hicieréis vuestros juicios en la tierra, aprenderán justicia los moradores del mundo.» (5)=«Acordaos, Señor, de lo que nos ha sucedido: reparad y ved nuestro oprobio. Nuestra heredad ha pasado á manos ajenas..... cayó la corona de nuestra cabeza. Ay de nosotros! porque hemos pecado!..... Mas vos Señor permaneceréis eternamente, y vuestro

(1) Ps. 89.

(2) Ps. 93.

(3) Ps. 73.

(4) Ps. 43.

(5) Is. 26.

sólo por generacion y generacion. ¿Por qué nos habeis de olvidar para siempre? nos desamparareis por largos dias? Volvednos, Señor, á vos, y nos volveremos: renovad nuestros dias como al principio.» (1)

Con semejantes clamores y otros parecidos que á cada uno dicten el amor y el dolor, siempre que salgan de corazones reconciliados y puestos en paz con Dios, y se repitan un dia y otro dia con fervor creciente, podremos cercar y estrechar dulcemente el corazon divino, ya de suyo ansioso de derramarse en misericordias sobre la Iglesia, y lograr que inunde con el ímpetu de un rio de paz, alegría y celestiales consuelos la nueva Jerusalem.

Oh! ¿Quién es capaz de calcular, quién alcanza á comprender la abundancia de gracias que el Señor atesora en su seno divino, preparadas á descender en lluvia copiosa sobre su Iglesia Santa cuando se haya completado el número de los que deben pedir las, y la intension de amor y fervor con que deben ser pedidas?

Tened vosotros, amados míos en Jesucristo, tened vosotros la gloria de completar ese número, elevando vuestro amor y fervor al mas alto grado posible, para que tengais la mayor parte posible en el triunfo de

(1) Jerem. Orat.

nuestra madre la Iglesia acá en la tierra, y consigais al fin el triunfo eterno prometido a los que legitima fiel y perseverantemente lucharea hasta el fin por la justicia.

Para animaros mas y mas á esto y á todo bien, os damos con paternal afecto nuestra bendicion pastoral en el nombre del Padre ✠ del Hijo ✠ y del Espíritu Santo. ✠

De nuestra morada episcopal de Avila dia de San Juan de la Cruz 24 de Noviembre de 1870, sellada con el mayor de nuestra dignidad y refrendada por nuestro Secretario de Cámara.

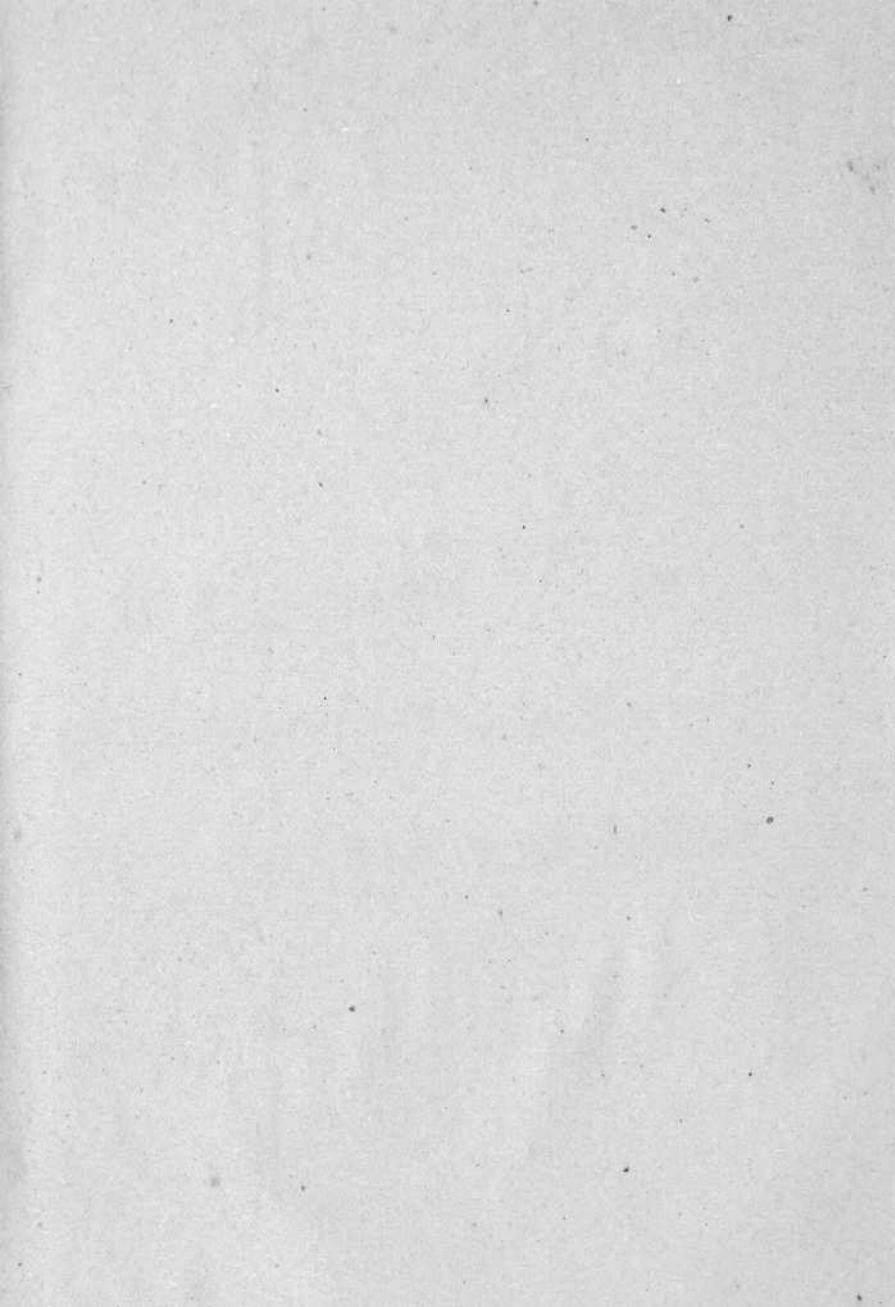
FR. FERNANDO,
Obispo de Avila.



Por mandado de S. E. Ilma.^a
el Obispo mi Señor:
MANUEL A. DOMINGUEZ,
Canónigo Secretario.

Los Sres. Curas Párrocos y Ecónomos leerán esta pastoral á los fieles en la misa mayor del dia festivo mas próximo á su recibo.







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	2177	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	3	Valoración actual.....	»

21

